dores aquellos naranjos agrios sudafricanos... Hipótesis finales: la gomosis sería producida por un hongo; la descomposición de las raicillas por un virus.

En 1948 se editó un folleto como publicación oficial del Ministerio de Agricultura: el *Informe preliminar acerca de la etiología de la podredumbre de las raicillas del naranjo agrio injertado,* debido al ingeniero agrónomo M. V. Fernández Valiela. Constan en el citado informe todas las investigaciones practicadas a objeto de comprobar de una manera fehaciente la patogenicidad de los diversos agentes sospechosos.

Quedó descartado que se tratara de un agente parasitario, fuesen hongos o insectos. Tampoco se dio con bacteria alguna específica. Entonces aconteció lo de siempre: se pensó en un virus. En un virus debía de residir la causa; y para probarlo se recurrió a la acostumbrada técnica que bajo la apariencia más satisfactoria nada prueba, pues injertar la enfermedad toda entera mediante el brote de una planta enferma y arribar a la enfermedad del patrón, importa caer en una verdadera *tautología* experimental, en un sofisma de ida y vuelta con todas las apariencias de la verdad demostrada, como ha sucedido con tantas otras experiencias similares en el orden microbiológico.

¿Podredumbre? Esa designación tan alejada del decoro habitual en la nomenclatura científica, está demostrando su origen vulgar, su nativa rudeza de expresión brotada de la sorpresa, del asombro de la gente rústica y de la completa falta de noticias eruditas de los doctos. Era algo nuevo; algo que literalmente *no estaba en sus libros,* pues no se trataba de una gomosis propiamente tal. ¿Qué mostraba la noxa? Una podredumbre de las raicillas. Y así se denominó aquel daño. ¿Causa del mal? Las respuestas han sido muchas, variedad que define de suyo aquella perplejidad sin noticias que decíamos antes. ¿Causante? Un virus. ¿Su agente vector? El pulgón negro de los citrus. El planteamiento en otros medios, fue distinto. ¿Causa? Un virus. ¿Cuál? El virus de la tristeza. Pero ¿en qué forma actuaba? Por medio de una toxina producida por él en el naranjo dulce, pomelo y mandarina.

En el Brasil fue también la gente rústica quien designó a la enfermedad conforme a lo que veían en la copa y follaje de la apagada planta. Por eso la llamaron *tristeza.*

Pero ¿cuándo se tuvo la primera referencia en el mundo acerca de este tipo de plagas y de dónde procedía? Túvose en 1924 y procedía del África del Sur. En Sud África fue también el vulgo quien dio el nombre: *foot rot* o *collar rot,* es decir, putrefacción del pie o del cuello.

Es una historia de desastres; en realidad, la misma historia en todas partes. Pérdidas ingentes a los comienzos del mal; costosas adquisiciones de nuevos patrones para injertar y consecutivo fracaso.

Entre nosotros las pérdidas de plantas alcanzaron cerca de siete millones de naranjos. Corrientes sola perdió 2.000.000 de árboles, estimables para una producción de mil millones de frutas. Diez millones de pesos restados anualmente a la economía provincial.

El hecho conocido de que en unos lugares se comportaban de un modo los pies agrios y en otros de muy distinta manera, deja de manifiesto que un tercer factor interviene. De ahí la insuficiencia de las hipótesis. Porque cuando Weber dice: "La enfermedad es causada por un virus latente en el naranjo dulce, pero letal para el naranjo agrio", podrá ser desautorizado por los hechos, conforme se aleje del lugar y del tiempo en que lo expresa.

Leemos en el folleto de Fernández Valiela sobre la *tristeza de los citrus:* "La primera prueba experimental de que la enfermedad era producida por un virus fue efectuada por Meneghini (1946) en el Brasil, quien logró reproducir la enfermedad por el áfido *Aphis tavaresi* del Guercio". Y fue lo de siempre: la eterna falsa prueba de todas las experiencias de ese tipo; recibida falacia de una técnica que es una tautología. Por consiguiente fue desechada la primitiva sospecha del agrónomo César Carrera que encontraba un origen probablemente fisiogénico, *nutrimental,* por obra de los terrenos mismos. Nosotros volvemos a pensar en ciertos abonos, frescos, no estacionados: fortuitos. Éste es el camino de los hechos, tales como ocurren, y no con los artificios del laboratorio. Pues bien: sostenemos que las plantas experimentales, inoculadas de pulgones o injertadas de brotes enfermos no repiten proceso alguno natural. Incluso podemos asimilar

estos procedimientos a la inyección en el tejido muscular de la región glútea de la sangre extraída de un enfermo de malaria en pleno acceso febril. En uno y en otro caso se ha trasmitido una enfermedad en su mayor violencia mórbida. En uno y en otro caso la enfermedad se reproduce porque se la traslada entera, se la muda de casa, se la cambia de domicilio. Ésta es la escueta realidad *falseada* en el gabinete. Los técnicos, sin embargo, ¿en qué términos informan acerca de este suceso? Esta simple y cruda suplantación se puede referir del siguiente modo, esencialmente falso, ya que se sustituye la verdad por su apariencia. "La enfermedad de la podredumbre de las raicillas —puede escribirse— es producida por un virus, lo que se prueba con la transmisión experimental de la enfermedad por injerto de plantas enfermas..."

Y con esto se paraliza toda ulterior averiguación en los hechos reales de la experiencia campesina, con lo cual todos los horizontes se cierran.

Así también Fawcett y Wallace en los Estados Unidos *demostraron* por injerto de brotes de plantas afectadas que el *quick decline* es causado por un virus. No podía existir ninguna duda ante la incuestionable evidencia experimental por pulgón negro, injerto y cualquier otro medio de unión de tejidos. Aquí, allá y en todas partes, el mismo inocente pero terrible desfalco científico.

Virus contra el que nada cumple hacer que lleve la seguridad al citricultor. Tres expertos agrónomos del Brasil (Boletín Nº 2 de la Estación Citrícola de Concordia) terminaban de este modo su informe de 1949: "El virus de la tristeza, como cualquier otro virus, es pasible de sufrir mutaciones y puede formar estirpes capaces de dañar pies actualmente tolerantes..."

La experiencia ha llevado a reconocer, como se hace en un boletín del Ministerio de Agricultura (Buenos Aires, abril de 1942, Nº 4) que muchas veces se manifiesta una falta de afinidad entre dos especies de citrus. Por ejemplo: entre el pie de lima de Persia con naranjo dulce común. ¿No convendría ya para esos casos fijar el concepto de *shock coloidal*?

Emprendido el camino de la búsqueda del virus, toda otra investigación se interrumpió. Con todo, la teoría de los virus causales no siempre satisfizo a los técnicos.

Hay un fondo de aleccionador escepticismo —sea un caso— en estas expresiones del Ing. Agr. H. M. Offermann (Concordia, Rep. Arg.) a la vista de unas hojas enfermas, traídas a su consideración: Indudablemente es un virus —expresa—; lo difícil es demostrarlo.

¿Cómo no seguir la corriente del mundo? Por consiguiente la podredumbre de las raicillas del naranjo agrio injertado, *debía ser producida por algún agente infeccioso;* es decir, algún microorganismo nunca identificable. Como si no bastase con la alteración del pH entre una savia y otra. Un pie agrio injertado por naranjo dulce será, por punto general, dañado en la justa acidez que es el vigor de su vida; debilitado, disminuido, *declinará rápidamente* (y así tendremos un *quick decline* en forma).

Pero hay un inconveniente para dogmatizar. El eminente técnico norteamericano Dr. A. P. Camp en su concienzudo informe al Ministerio de Agricultura de la Nación (Bs. As. 1943, Publicación Miscelánea Nº 139) recuerda que en Florida, las plantaciones sobre pie agrio se desarrollan bien. "Esta combinación —manifiesta, pág. 8— ha sido utilizada con gran éxito por muchos años, tanto en California como en Florida, sin dificultad alguna, y hay muchas plantaciones sobre pie agrio en Florida que tienen cincuenta años y aún más". ¿Por qué esta disparidad? "Probablemente —dice el mismo experto— haya algunas diferencias entre el naranjo agrio de la Argentina y el de Florida". Verdad es, sin embargo, que plantas importadas de allá injertadas en pie agrio sucumbían aquí al mismo mal. Se ha de pensar entonces, como es lógico, en las condiciones del suelo argentino. Pero conviene no decir vaguedades al respecto. Esos naranjos importados fueron plantados en el terreno de los naranjales ya existentes; es decir en un suelo necesariamente impregnado de una determinada acidez procedente de aquellos mismos naranjales. En suma: que la diferente reacción de pH habría actuado también; máxime si acaso un abono inadecuado vino a intensificar el daño: estiércol fresco en lugar de estiércol viejo debidamente acompañado de paja, pastos, etc. Para qué decir cuánto beneficia en cambio la materia orgánica abundante y los abonos verdes; así, por ejemplo, el maní mezclado a las plantaciones cítricas en condiciones de perfecta afinidad. En cuanto a los fac-

tores negativos, siempre será lo primero la humedad excesiva. Camp recuerda que entre los citricultores de Florida corre el adagio de que a la planta cítrica no le gusta tener los pies mojados.

Admitido que la causa sea el encuentro heterogéneo de las savias, se comprende que el mayor daño se manifieste en las raicillas más finas. "Cuando se descalza la planta —escribe el Ing. Marchionatto— se notan las raíces principales y secundarias normales al comienzo de la enfermedad, no así las raicillas que en gran parte están destruidas con diversos grados de descomposición". Y es que ya no llegan hasta ahí por el entorpecimiento sobrevenido, las fuerzas vivificantes de la parte aérea. Bien decía el Ing. Agr. César Carrizo que a su juicio la enfermedad reconocía un origen fisiológico de orden *nutrimental;* hipótesis aceptada hasta que la teoría de los virus se adueñó de todas las inteligencias. Los brasileños Moreira, Costa y Grant *(Conocimientos actuales sobre la tristeza de los cítrus,* traducción del ingeniero Speroño, 1949, Estación Cítrícola Experimental de Concordia), se expresan como sigue: "No subsiste actualmente ninguna duda sobre que la tristeza es una enfermedad infecciosa causada por un virus... transmisible por injerto y por lo tanto causada por aquél...". Pero ¿qué se injertaba —preguntaremos siempre— sino la enfermedad toda entera? Esto era evidente, pero quedó no obstante protocolizado en el Brasil y en los EE. UU. que el propio virus (cosa nunca vista de nadie) fue lo que se inoculó. Y aun se llegó a escribir por los tres citados especialistas lo que sigue: "El virus de la *tristeza,* como cualquier otro tipo de virus, es probablemente capaz de mutaciones y no es por lo tanto imposible que se puedan formar estirpes de virus con capacidad para lesionar otros pies ahora tolerantes". Perdurables dogmas...

No se ha pretendido hasta ahora, sin embargo, que la gomosis, que suele castigar al naranjo dulce determinando en su tronco la formación de chancros, sea producida por un virus. Hasta ahora ha bastado la hipótesis de un hongo causal que, si se mira bien, es etiológicamente falsa. La patogenia es una cosa, la etiología es otra. Y ciertamente el hongo o *fungus* no representa lo primero.

El árbol, como el animal y como el hombre, enferma con lo que come inadecuadamente; pues cuando no sean

traumáticas ¿qué serán esas verrugas o excrecencias sino el producto de una alteración de los tejidos producida de dentro afuera catabólicamente hasta afectar el propio fruto?

Por eso Fernández Valiela en su informe definitivo al Ministerio de Agricultura, sintetiza los pasos de la enfermedad del siguiente modo: 1º) Obstrucción de los tubos cribosos. 2º) Falta de savia elaborada en la raicillas. 3º) Falta de agua y sales minerales para la planta superior. (Publ. Nº 1, Bs. As.).

Miremos otros aspectos del mal de los naranjos. La Dirección General de Sanidad Vegetal se refiere a la *podredumbre del pie de los citrus;* señalada como una de las enfermedades más graves que atacan a esas plantaciones y en particular al naranjo dulce, que es el de casi todas las huertas. La enfermedad se conoce también con el nombre de *gomosis del pie o pie podrido.* En Corrientes, Entre Ríos, Misiones, Salta, Tucumán, en el Delta del Paraná, por todas estas regiones, sin arreglo a una línea de continuidad, se ha comprobado el mismo daño. Sorprende por de pronto que esta siembra de la noxa vegetal alcance a tan inmensas y separadas regiones. ¿Puede el viento transportar en esa forma y cantidad esos presuntos gérmenes de acuerdo con la concepción pastoriana de estas cosas? No es una enfermedad que se haya ido corriendo. Es una enfermedad que se ha ido, por mejor decirlo, sembrando. Se caracteriza "por la formación de chancros en el cuello del árbol". De chancros, es decir de excrecencias formadas por la propia savia del naranjo, cuya afluencia y detención obstruye su circulación normal. Para nosotros esto es ya revelador de la real etiología del hecho. Empezaremos por la noción más general de su caso. Por de contado, esa savia que no fluye, que se condensa, que se detiene, que se derrama luego hacia fuera, nos denota de por sí que no se nutrió ella de los limpios jugos de la tierra; que algo del todo impropicio fue sorbiéndose por las raíces en la tierra nutricia. Y si hasta los minerales sufren las influencias exteriores, ¿cuánto más no las habrían de experimentar estos delicados seres, que por virtud de su organización establecen, como dice el Dr. Eduardo L. Holmberg, de grata memoria —*Botánica,* pág. 185— "una serie de relaciones con el medio, *dando* y *tomando*"? Pues bien: el agua, que para el caso se llama humedad, es

mucho más que un agente físico destinado a facilitar la hinchazón y ruptura de las semillas, es un agente químico de nutrición. Y aquí es donde ya vemos claro que nunca será lo mismo una humedad que otra. En una limpia, en una fresca humedad enriquecida del humus y materias orgánicas del suelo, es donde el ser vegetal absorbe vida en las más convenientes combinaciones del medio. Y aquí pediría yo hacer lugar a los nuevos conceptos de la química coloidal con todas sus consecuencias. Esta nueva concepción nos impone alejarnos de las antiguas nociones secamente materialistas, basadas en una química que llamaríamos mecánica. Hay muchas combinaciones microbiológicas que tomar ahora en cuenta. Así pasamos de lo inerte a lo vivo y el jugo de la tierra suma las condiciones necesarias para volverse savia; esa savia ascendente que tanta parte tiene en la sucesiva formación, mantenimiento y desarrollo del aparato vascular que la conduce.

Consideremos ahora el caso de repetidas infiltraciones, por ejemplo, de elementos ácidos. Una profunda alteración, proveniente de orines frescos, sobrevendrá sin duda, y más aún tratándose de los citrus que ya son ácidos pero en determinada proporción. Entonces la savia descendente no habrá de dar tampoco las respuestas correspondientes ni en las hojas ni en los frutos.

Pero sigamos con las excrecencias de los citrus. Justificación de esta última hipótesis nuestra parecería ser el comprobado hecho de que la savia en ellos detenida se acidula. Y ciertamente no ha de acidularse de por sí. Para que se torne agrio un líquido que de suyo no se agría —caso de toda savia— es necesario incorporarle un ácido en una cierta medida. Entonces diremos que se ha acidulado. Ahora, en los citrus que son acídulos por naturaleza, cuánto daño no hará dejar ganado suelto, cuyas deyecciones, líquidas y blandas, se mezclan una y otra vez en el día. Nadie pondrá en duda sus condiciones tóxicas ni querrá confundirlos con esos otros excrementos que han alcanzado ya calidad de abonos tras la debida lenta elaboración. Orines hemos dicho y orines decimos. Esos u otros elementos en descomposición deben de intervenir en muchos de esos azotes que llevan el nombre genérico de *xoya*. El propio día que se descubrió el micromiceto que diz —pastorianamente hablando— que la produce, hubo de paralizarse toda nueva búsqueda. Éste ha sido en todo

lugar el resultado concreto de los dogmas bacteriológicos. El resto incluye la técnica defensiva de tan dudoso fruto y toda la burocracia y papelorio que conocemos.

Pero sigamos por nuestro camino y fijemos este dato sobre el chancro vegetal. Ese líquido acidulado —que ya no es savia—, en lugar de seguir ascendiendo por los vasos, busca salida, resquebrajando la corteza. ¿Y qué es finalmente lo que así se excreta? Un líquido fermentable...

Lógicamente las condiciones térmicas también se alteran con esas infiltraciones. El calor no consiste solamente en un dato externo. Existe asimismo un calor interior de significación muy esencial. Son las reacciones químicas —ya unas, ya otras— las que lo engendran mayor o menor.

¿Y el aire? Ese aire en que una vieja patología meteorológica viene señalando como el vehículo natural de todas las pestes, es —lejos de eso— un bien que se da por añadidura, y que en la planta debidamente nutrida produce todos los beneficios complementarios.

Podemos ahora terminar con el enfoque de los chancros para sacar después conclusiones. En la circular 43 de la Dirección de Lucha contra las Plagas —año 1951— leemos que esta enfermedad de la gomosis del pie, o pie podrido, se ha caracterizado por la formación de chancros en el cuello del árbol y que, por lo general, las lesiones tienen origen *en las raíces principales, próximas a la superficie del suelo:* circunstancias que nuestras interpretaciones explican muy bien. Desde ahí se propaga hasta unos 30 ó 40 centímetros. La corteza se resquebraja y el líquido gomoso sale en pequeñas gotas. Hay casos en que los chancros toman toda la base y la totalidad de las raíces. ¿Por qué motivo? Los técnicos responden que debido a condiciones del suelo o climáticas. Llamo la atención acerca de que, no fijar con precisión rigurosa esas condiciones, vale por no decir nada. Lo extraordinario no está en que se hable así por las nubes y para las nubes, sino en que satisfaga a todos esa manera de hablar. Ya sabemos que las vías circulatorias se obstruyen y que sobreviene la clorosis de la planta; pues ¿cómo ha de lucir el verdor en unas hojas por cuyas nervaduras ya no corre savia? La defoliación naturalmente no tarda en comenzar.

¿Por qué todo esto? La ciencia microbiana responde, recayendo en el inmutable concepto del microorganismo anterior, que la enfermedad *se debe* a un cierto honguillo (el phyto-phtora-parasítica Dastur) que vive generalmente en el suelo como saprofito... Pero aquí puede cruzarse quien lo quiera con una pregunta sola; ésa que tantas veces he debido formular a hombres increíblemente conformes con ésta u otras temerarias afirmaciones: ¿Por qué ahora y no antes? ¿Por qué la salud perfecta de los naranjos por siglos y siglos, y sólo ahora el pie podrido? ¿Es que algo ha variado en lo climatológico o en el humus? ¿No imperaban en los pasados tiempos idénticas condiciones de ambiente? ¿Entonces?

Hacemos con la patología vegetal lo mismo que hicimos con la humana: situarla dentro de la realidad efectiva de la sucesión histórica y de sus expresiones materiales diversas.

En definitiva: suciedad excrementicia de uno u otro origen animal, que no ha alcanzado calidad de abono, y que se mezcla con el humus y va a podrir las raicillas, que son como los labios y la boca misma de la planta. Todo esto, cuando no nos hallamos ante injertos de savia incongeniable. Pero... ¿habrá de entenderse que ha de suceder esto, árbol por árbol? Basta que suceda en una fila, en un lindero de ellos para que cunda el mal. La humedad de un período lluvioso hará el resto. Ya no las heces de que hablamos sino la podredumbre suscitada con toda su franca descomposición, o sea la total y completa enfermedad es lo que ahora sucesivamente se irá escurriendo con gravedad mucho mayor.

Cuando el mal no está aun muy avanzado, descalzar al árbol es curarlo. Se nos impone la razón de este beneficio. Quitar la tierra en torno al árbol —toda esa tierra contaminada que decíamos— hasta una distancia de dos metros, vale por una liberación. En esos tres días que han de quedar en descubierto las raíces, libres de nuevas contaminaciones, a virtud de la misma remoción operada en el terreno, reconocemos más que en el raspado y desinfección posteriores, la verdadera terapia. Suprimida o disminuida la causa, suprimido o disminuido el efecto.

Y la naturaleza, allí y en todas partes, revestida de su incólume honradez.

ARTURO CAPDEVILA.

Laberinto

Yo nací en un país de piedras, donde apenas había escuela, me dijo Antenor; el racimillo de uvas en cierne, me atraía para enseñarme ocultamente; el cerco de colinas cerraba el horizonte; cuando llegué a la cima, con asombro infantil, vi dilatarse el valle hasta la ulterior montaña. La noche, viva en las ramas densas, guardaba esa extensión en la interioridad del sueño. El habitante huraño de las raíces y las piedras que se complace en viajar en la luz que se aloja de paso en un hueco de los muros y las peñas, fue el amigo, a veces tremendo. Tenía el instrumento que cincela la hoja, el fruto. El torbellino de lluvia y viento quería aniquilar su obra; lo vi, empezaron a crujir y a dar olor los árboles; avanzaba una ribera blanca de cielo, más rápida otra nube, como hojas dispersas, con cambiante brillo, giraba cerca de la nube una bandada de aves; el fondo negro de la tormenta corría hacia el oeste donde se cuajaban los dispersos cúmulos; un agua cernida se pegaba al rostro y ya se precipitó el diluvio; quedó la mañana pura, salida de verdes manantiales. Se correspondía la diversidad del año. Supe, por mi deslumbramiento en el mediodía. en que las colinas eran cautelosas torres que se juntaban. reverberantes, con el azul del espacio, que la tierra hablaba por los intersticios de las rocas, en la intimidad reconcentrada del designio, prolongaba el estremecimiento de una insinuación en un dominio difícilmente accesible. En la hendidura de la corteza resquebrajada bullía el trajín de la colmena. En aquella cepa de largos sarmientos asidos al naranjo y al álamo, brillaban los granos de los pesados racimos. El mundo es viña, me dije; viña visible e invisible. Estrujarás el racimo en tu labio. Anduve más allá de la pared de la casa y de las colinas. Miraba como extranjero. Hay en lo que advertimos una aleación de sorpresa, de apresurado engaño, de supuestos provisionales. La sabiduría era semejante a esos nómades

que llevan un entusiasmo que comunican ocultando la causa; enseñan rudimentos en la porción grosera en un madero hueco que animan haciéndolo asilo de un ídolo; veía el intento de quien lo concibió y advirtió su fuerza como si redondeara un orbe o rodeara una extensión desconocida. La apariencia varia se transformaba en imposibilidad desamparada, la cercanía se alejaba. Mucha soledad habita en la memoria, aunque estén escuchándonos los que quizá no hablan. El delirio de los días quiso ser oído, la ternura suscitaba una presencia protectora. La indiferencia creaba el sentimiento de estar en la tierra ajena, y en tierra ajena, lejana, andaba. Hallaba también la amistad del desconocido que se detiene a escuchar en afectuosa correspondencia, en recíproco deseo de mejorarnos, cuando uno se ha extraviado, para que recobrásemos la anterior mirada, la confianza, un secreto amado, un sentimiento que en sutil asentir repose. En imprevisibles piedras de toque, por raros parangones, se percibe un destello indeciso. Yo me quedaba oyendo transcurrir mi imaginación, abstrayéndome. Descubría en el ignorado laberinto y oía, como salido de mí mismo, esta comunicación de lo que está en su origen afuera y adentro de nosotros. El anhelo no quiere detenerse. Lo esencial era ir, hallar lo único, despojándose sin ser absorbido por la diversidad siempre móvil en la obstinación inalterable. Veo en mi peregrinación la estampa de una tarde, el balcón de piedra; una joven, el mentón apoyado en la diestra, tiene entre los dedos la rosa de los cinco pétalos. El rostro bello se detiene con la mirada en un encuentro; ya está más próxima; de ese rostro se desprende una intelección diáfana, lo inefable se difunde en levedad transformante, la visión se disuelve; asoma la promesa en otro rostro, el cierto, el que responde y sonríe; un ave de luz se acerca a sus cabellos. Contemplo, como volviendo de un viaje, el balcón; más allá el muro envejecido con ramajes apretados y el agua que brota entre las peñas. Esa visión juvenil se prolonga en un futuro que creemos posible. Difícil le será apartarse de ella en lo que oía, aunque de pronto parecía olvidarse tocada por un destino. Mucho me acompañó en el continuo hacerse de uno mismo, semejante a un cisne, a una emanación intemporal cuando nos vemos en la conciencia que nos percibe. Volaron en el tapiz

de la vida los años, donde también se inscriben las luchas, las penas, los trabajos. En reuniones escondidas se quiere sujetar a un dominio tiránico el alma que vaga en su incertidumbre, feliz cuando halla en su labor un descanso, sin lástima de lo mucho que padece y sin advertir cuánto duele que le quiten una claridad, aunque remota, la que le hace dueña de su ámbito, bondad que ayuda con ella misma en el seguimiento adonde conduce y no para apartarla y condenarla a no ser, despojándola aun de sus reminiscencias, negándole el sitio y escondiéndole el testimonio de los superados peligros para que desconozca la perseverancia por donde se sigue y el único camino que puede conducirla a la reconciliación definitiva. Supe que cuando viene la esperada generación de los nobles jóvenes las apetencias destructoras dicen: encadenémoslos, envilezcamos la tierra donde nacieron, destruyamos la memoria de los que siguieron la inalienable conciencia, ocultemos la noción de la palabra porque la palabra transporta, traigamos el festín como aliado, la adulación pronta al engaño, el caos en la blandura de la disculpa, así serán esclavos de su miseria, apacentémoslos; los primeros en resistirse yacen apartados, las altivas cabezas. Alguno al salir en el ímpetu no meditado. metamorfosis de un instinto sometido a una razón defensiva, lo proyectaba a una primitividad bastarda. El olvidadizo estaba allí, siendo él, conformado por inclinaciones y circunstancias, que no había ni siquiera intentado dominar y vencer, en el narcisismo de toda vida detenida en un centro existencial de mantenimiento, en el egoísmo inconsciente y acechante. ¿Sería posible atraerlo, despertarlo? ¿Era ya tarde? El germen se había convertido en piedra, el crecimiento en detención asegurada por la dureza de la defensa escondida. El desdén del diálogo cierra las bocas, el odio tala el árbol para que no se vea el fruto; algunos, interiormente recordaban el día en que se prometieron alcanzar por la impulsión del pensamiento en acciones que por sí mismas nos van creando, la expresión última de donde nace otra nueva. Una culpa en que la casualidad se hace árbitro, límite no superado, se sobrepasa en el arrepentimiento que se vuelve al deseo de purificación para llegar al conocimiento en un destino imperioso. Algún nombre inquebrantable habla de la sabiduría olvidada, ilumina

con su persistencia las vacilaciones sombrías, una inspiración reverdece las miradas. Donde miraba el término veo ahora el comienzo por donde debo encaminarme; el delirio no calmado me arrastra, las sensaciones desorientadas recuerdan interiores vislumbres y señales; la fuerte atracción cede, la miseria da paso, al dominar las discordancias, a las resoluciones ajustadas al compromiso reflexivo; se evade sin negar su sitio donde un idioma descubridor aparece; donde los paisajes señaladores quedan siempre presentes. Allí el inspirado trasmitió lo que le advertía una mirada, de tan escondido arte; sabio, había sorprendido una admonición posada en la vejez del muro, o en la sombra y en el sueño nocturno volaba por encima de la cumbre de tan espesa nieve hacia la intimidad del aire, en el peñasco andino, a la estrella que acercó como favorable el crédulo horóscopo; el genio del agua, del árbol, la voz, el anhelo; ahondó en sí el sentir, y advirtió que por el trabajo de las hundidas raíces hay frutos. Una confianza incesante allanaba la dificultad que parecía invencible; su inspiración nos instruía, agilizaba y ensanchaba la inteligencia de un idioma preterido. La fatiga del desasimiento se aliviaba para tentar de nuevo el abrupto itinerario; la obra de nuestras manos nos pedía su feliz continuación; para que creciera en nosotros esa obra, crecimos; cada instante nos traía para labrarla su preocupación y su estímulo. Delicadamente el entendimiento que queríamos íntegro fue forjándonos con amplitud no limitada; las fresas silvestres, yemas rojas entre las hojas verdes y la leve flor amarilla, maduras al pie de los árboles, una correspondencia compensadora, la hermoseaban; el álamo, el plátano en el retiro donde se dialoga. El sorprendido escucha como si hubiera visto en el encanto el color, la forma, el rayo de sol en la tiniebla penetrada; la espiritualidad afable y el caprichoso oído entregado a un hálito, la abnegada lección donde hablaba el descubrimiento nuestro. Allí se congrega a oir, a ver en el artífice eficiente la íntima experiencia de los espacios sorprendidos, la hermandad en la aspiración de los otros, no la negación enemiga. Había aún espíritus solares; entre ellos conversan y piensan en nuestro cuidado; por su riqueza atraen porque son más lúcidos y generosos cuando más poseemos y más nos acercan a la meditada expresión

que excede en la edad mala, en que vivíamos la nuestra, la mezquindad ociosa. Habría que iluminarla, levantarla a la sorprendida alteza, descubrirla en el residuo santo de una aspiración benefactora, en la historia interior que persiste si se la lee, en la continuación en las renovadas posibilidades de la total conciencia. Algo fue rápidamente visto, con ardor, con esperanza; es un país en que están la infancia, los días ascendentes, el tumulto de la transitiva agitación, la espontaneidad vigilada. El niño sonríe en la falda y ya en la madre el pensamiento de que al crecer habría de dejarla, le hacía alzar los ojos para detener la presura del tiempo. La detención ya es camino.

La ilusión inherente se vuelve a sí misma atribulada y vencedora, fija en la irradiación de los fines, cegadora y amada; fue entendida en el ruego como si en el ya imposible pasaje del mar se le ofreciese una barca. Espejo, cada cosa exterior era fragmentaria y contradictoria; no se llegaba al abarcamiento total en sí mismo y se quedaba postergado como si el ala que quiere el espacio descendiese urgida. El brotar de sí para rodear el todo, para venir a la percepción intacta, caía en el laberinto; se perdía el orden de las líneas indicadoras que en la abeja y el ave viajera hablaban y enseñaban a orientarse; la palabra oscilaba en la profundidad abismal de altura y de descenso. Imagino los días lejanos; las promesas, quién sabe si serán cumplidas; temo perder los indicios de una tradición obligada, los hallo en una sorpresa que dulcemente reconcilia. El noble anhelo no se aleja, perdura en el impulso alado de los días impacientes en continua inminencia de hallazgo de lo más buscado, el asegurarme en la apaciguadora hermandad que todo entiende. Ya me dejaba andar oyendo trascurrir la variedad, ávido de la partícula en que vibra insobornable acento. Guiones sutiles tienta la planta que busca, no ciegamente, asidero; un retorno incesante trae al lugar de partida. No halló en la extensión perennidad quien se dirigió guiado por el ímpetu irrefrenable y no confirmado. Por eso fui a conocer a un delicado hombre; lo había seguido mucho por su fama, él había penetrado en partes donde la ponderación de lo que se dice, y él lo decía con dificultad descifrable, adquiere una jerarquía que parece ser de contemplativo intelecto, en los grados de una verdad diamantina, a la que llegaba por la meditación

y el don de seguir el camino abismal o claro con el heroísmo del investigador indetenible. Yo estaba al lado del amigo que le interrogaba; hablaba lentamente sin mirarle, hacia una explicación de sí mismo, de sus vacilaciones, de sus detenciones últimas; era él, el admirado, el que ilustraba; menudo, ya anciano, en la altitud de una vida de continuo magisterio deslumbrante, en ese momento lo entendí; era un hombre que había tocado umbrales más allá del común esfuerzo, y me acongojé al verlo ceder ante lo irremediable. Yo también iba aherrojado, no suelto en la elección satisfactoria. Volvía a la independencia aérea, en la cima del iris en la abierta tarde, no desvanecido con el ocaso en la nube ya opaca, vagante en la noche por el color de oro de imponderables altitudes. Hubo que encontrar en el sueño la imagen primera; cómo no vi, ni pregunté antes, me dije, al que está para guiar, porque representa el valor no degradado, maestro escuchado en el disturbio con la libertad necesaria, tan necesaria que callarse supone miedo a lo inferior, olvido de quien ve para ansiar la certidumbre. ¿Cómo no pude salir de lo que creía, de la afirmación audaz de mi opinión cambiante que mide diversamente las hereditarias verdades que en mi ser se aposentan? El niño tuvo por ejemplo la viña torturada y fecunda. La viña era el universo. A la convivencia de la tiniebla se oponía la tiniebla sobrepujada por una virtualidad mediadora. Había que estar al servicio de una divinidad para imitarla y entenderla si se estaba impaciente para alcanzar lo que deseaba, conocer el poder dadivoso, reconocerlo en su origen, llegar a la comunión de su eternidad, ser ya asegurado término que se corona y se asombra y agradece; participar en la unidad que nos alumbró para examinarnos en el universo. Después se extraña el vacío cuando por innecesaria nos quitan una voz, un gesto de amor que nos trascendía y la obstinación de encontrarlo en donde se ha ido desconoce en la bifurcación de los caminos. Parece que aún está hablándonos. No llamado aparece súbitamente, dueño de nosotros; huésped arrebatado, se impacienta, calla. Volvemos a preguntarnos por el sitio elegido, en el pluralismo de la realidad contemplada. Pasando por todo en donde está, pasando por mí mismo que pertenezco al todo pero me distingo individualmente y trato de reconocerlo en mi actividad

ascendente, en que se encuentra el vacío final si no se comunica en una coincidencia descubridora. La finalidad escondida trae asombro. Se es lo que no se sabe. La noticia peor, el acontecimiento no previsto, el ruido anunciador de la caída cuando no se sospechaba la falsía del cimiento que creíamos estable; los brazos se estrechan en la comunidad de la aflicción ante el golpe que vino en el rayo a quebrantar la continuidad de algún día sereno. Mucho cree lograr la voluntad del bien, mucho logra, si la adversa diligencia escruta, ataca, vence, se reconstruye. En el ciclo inconmovible, aunque están lejanos, se apacientan los resplandores felices en los ramajes verdes; cuánta queja se detiene aquí para no salir de la humildad de su duelo, temerosa. Extraviada la clave de lo inteligible, el desasosiego de la busca aún cree en el encuentro. Afuera la nueva estación del año rehace la pérdida; la grada no se niega a la grada anterior y una brisa trae rocío al fruto. Hubo un saber concedido en uno mismo que fue olvidándose. Contingencias extrañas lo desnaturalizaron y la palabra sonora se volvió una boca enmudecida. Expresiones sin tino brotan de la incoherencia externa; algo muy claro debimos saber, fue perdiéndose, olvidándose, porque lo relegábamos. En su apariencia la necesidad externa urgía. Alejados de nosotros, circundados por la ausencia, nos alejábamos de la comunicación necesaria; vuelvo ahora a descubrirme en lo que creía la libre determinación profunda, opuesta quizá a la espontaneidad no sorprendida por un imperativo interior que nos detiene o nos conduce. Por ser o por afianzarme y hacerme en el ser que hasta aquí vacila hubiera abarcado la extensión inconmensurable.

Así me hablaba Antenor, de vuelta de su trabajada existencia en muchos sitios y años; le apenaba esta movilidad de polos en la busca de la bondad inmutable, influía en cada momento de hablarse a sí mismo no en su querer que así sea, sino en la evidencia de lo que es. Alguien, aun joven, le dijo: ¿No era mejor engañarse con su verdad forjada para sí solo que entrar en la discusión continua en la que no se encuentra más que el no poder detenerse? Antenor lo miró largamente como abismado en el silencio.

ARTURO MARASSO.

El poder constructor de los incas

Cada ciudad digna de su nombre tiene un relieve, un perfil propio, que le concede personalidad. Desde este punto de vista, pocas tan acusadamente individuales como el Cuzco. Su historia comprende la gesta heroica de, al menos, dos civilizaciones de rasgos tan propios e irreductibles como lo son el Imperio del Tahuantisuyo y la España Imperial de los Austrias. Resumir, pues, la vida de esta ciudad dos veces ilustre, es rememorar la extraordinaria construcción política de los Incas y evocar la organización del mundo colonial americano en una de sus expresiones más altas y más cumplidas. Ninguna otra ciudad de América presenta, como ésta, ese doble juego de enfoques propicios a la resurrección de lo pretérito. En ninguna otra, como en ella, lo incaico y lo español se yuxtaponen y se alían, para formar el alma nueva.

De las tres regiones naturales en que el Perú puede dividirse —la costa, *la sierra*, la región boscosa oriental— el Cuzco vigila como atalaya señera la segunda, aunque el talento político de sus fundadores haya alcanzado el dominio sobre las otras. Elevada a 3.400 metros sobre el nivel del mar, ubicada al terminar el valle de Watanay, como depositada en el fondo de un bolsón erizado de montañas, la ciudad del Cuzco se sitúa estratégicamente al abrigo de todos los peligros del dintorno. Para llegar hasta ella hay que franquear accidentes orográficos que oponían una abrupta valla aun a los *chasquis*, intrépidos marchadores que llevaban a la capital las noticias de todo el Imperio.

Su entrada natural ábrese hacia el valle como por estrecho desfiladero, es el lugar llamado con propiedad Angostura, paso difícil por el cual podíase contener cualquier amenaza decidida. El Ausangati y el Salcantay vigilaban a la ciudad allí encerrada, desde la quietud silenciosa de sus nieves eternas y en los picos más bajos,

y en las colinas fortificadas de su contorno, alzábanse moles de piedra con bastiones amurallados, apercibidos a la defensa de la ciudad sagrada. El río Watanay, sacro torrente, proveía de las aguas necesarias y, prolijamente entubado en gran parte de su curso urbano, no era lo menos prodigioso de esta esplendorosa urbe americana.

Allí nació el empuje constructor de los Incas, edificadores de aquel asombroso Imperio que concentró y unificó los esfuerzos anteriores de muchas pequeñas y brillantes culturas locales y —cualquiera que sean las dudas que aún hoy subsisten acerca de la procedencia mayoide o *tiahuanaquense* de estos maravillosos constructores— de este reducido emplazamiento de meseta descendieron hacia los cuatro puntos cardinales para edificar su Tihuantisuyo extraordinario.

Lo primero que sorprende al arqueólogo —una vez que ha logrado evadirse de la atmósfera de leyenda que lo envuelve en el primer instante— es la variedad de estilos que se observan en punto al manejo de la piedra, tanto dentro de la ciudad misma, cuanto en las diversas ruinas que rodean a aquélla. Esta diversidad, que va desde las asombrosas masas líticas, de varias toneladas de peso y de tamaño a veces varias veces superior a la estatura humana, que constituyen el basamento de los muros de la ciudadela de Sajsawaman o alguna parte de las ruinas de la fortaleza de Ollantaytambo, hasta las menudas piedras prolijamente labradas de las paredes de Kollkampata o de algunas de las callejuelas incaicas del Cuzco, pasando por los rudos sillares del actual Colegio de Ciencias, y de otros lugares de la ciudad, llevan, naturalmente, al observador a admitir la existencia de varios Cuzcos superpuestos —a la manera señalada por Seligman para Troya— y de los cuales se conservan, hasta el presente, estructuras que forman un conjunto abigarrado.

Muchas de ellas han podido ser de épocas anteriores a la fundación incaica. Garcilaso de la Vega Inca, el mestizo magnífico en cuyas venas corría sangre de *ñusta*, recuerda en su viva y extensa descripción de Sajsawaman, que los incas aprovecharon, para levantar su ciudadela, fortificaciones anteriores ya existentes. La corroboración de estos pretéritos díceres está hoy a cargo de la escuela arqueológica peruana la cual con sus trabajos

recientes de redescubrimiento de aquellas imponentes ruinas ha llegado a conclusiones que pueden servir de basamento para sostener la veracidad de lo afirmado por el autor de los *Comentarios Reales que tratan del origen de los Incas.*

Sin embargo, en la actualidad, los datos que pertenecen a la dilucidación de este problema, no son tan absolutamente asertivos como para permitir una solución definitiva y las opiniones de los arqueólogos del Perú se hallan divididas, entendiendo Luis E. Valcarcel y los que como él opinan que el tipo de construcciones ciclópeas a que se ha aludido es uno de los aspectos del arte lítico incásico, en tanto que Luis A. Pardo y otros suponen que es la expresión de una cultura preincásica, existente en la región cuzqueña en épocas posiblemente contemporáneas a aquellas en que florecieron en los breves valles de la costa otros centros culturales semejantes.

Ya en el período puramente incaico pueden señalarse dos fundaciones cuzqueñas, fácilmente diferenciables. Primero, la mítica de Manco Capac, es decir, la de los remotos e indeterminados orígenes. Segundo, la de Pachakutec, verdadero organizador y renovador edilicio, que transformó —según las viejas crónicas— la primera y sencilla ciudad, en la urbe sagrada a la que sólo podía aproximarse con los pies descalzos y la espalda humillada por el peso de una piedra, y a la que se saludaba con la invocación ritual expresadora de acatamiento y reverencia.

Otro tanto ocurre con las fundaciones españolas, entre las que debemos distinguir la primitiva realizada por Pizarro, cuyo cuarto centenario ya se ha celebrado, y la renovación edilicia que en época de Toledo allí se realizó.

Parece natural que en un ambiente geográfico en el cual la piedra resulta casi el único elemento —y cuyo carácter dominante se acentúa aún más ante la carencia de la vegetación ausente por razones de altura— la edificación, ya sea religiosa, política, militar o civil, se hiciese con ese material tan a la mano. Todos los autores que han estudiado este aspecto de la civilización incásica se han hecho lenguas del admirable dominio que sobre la piedra tuvieron aquellos primitivos artífices.

Esta técnica llega, a veces, hasta extraordinarios alardes del virtuosismo, como entre otros ejemplos eminentes, el murallón de Ollantaytambo, ya recordado, en donde los

enormes bloque ciclópeos, de caras perfectamente pulidas, se alternan con delgadas láminas de piedra encajadas entre ellos a manera de cuña, con unión tan sutil que resulta imposible penetrar entre ellas la hoja más fina de acero. Lo propio ocurre, dentro de la ciudad misma, en los muros diestramente graduados de la calle Maruri, por ejemplo. Esa primorosa elección de la piedra, esa casi amorosa delectación en el trabajo terminado, a maravilla concede un lugar de excepción a los artífices cuzqueños entre la innúmera lista de los pueblos que han utilizado arquitectónicamente la piedra.

La emoción del arribo. Pasear las calles, recoletas y penumbrosas, del Cuzco, adentrarse por esos añosos callejones incaicos, en los cuales la comercial irrespetuosidad moderna ha perforado las puertas de comercios europeizantes, basta para admitir, tras un breve trayecto, esta afirmación laudatoria.

Desde la plaza principal, dedeñando por el momento los vetustos monumentos del arte colonial, podemos tomar, calle abajo, por alguna de esas estrechas vías, de desigual pavimento, el callejón de Loreto por ejemplo. A uno y otro lado, en una extensión de más de 500 metros, limitada tan sólo por los cruces de las calles transversales, el callejón desciende hacia el viejo Koricancha.

Por él, las muchedumbres presididas por las andas del Inca han marchado, en los días rituales, hacia el terreno sagrado en donde se elevaba, refulgente de oro, el templo del sol. Por ahí han avanzado, en compacta columna, tras el Inca coronado con su *wincha* roja, sujetando al lacio peinado las dos largas plumas de *korequenque.*

A su lado ha actuado el príncipe heredero, tocado con su *wincha* amarilla y el sumo sacerdote, su tío, llevando la tiara y la media luna pectoral de plata, enjuto por los largos ayunos en su lejano retiro, y vistiendo la alba túnica que contrasta con las camisas azules de los guerreros, con las de escaques de los servidores y con las brillantemente coloreadas y abigarradamente bordadas de toda la nobleza.

Por allí, así mismo, han pasado aquellos magníficos señores, hirvientes de venganzas reprimidas, codiciosos del oro y de la gloria, que con Pizarro el mayor y con Almagro el bueno, realizaron la conquista del Perú. Conmilitones gloriosos de aquellos extraordinarios especímenes